

## El estado de la crisis económica y los interrogantes de la salida<sup>1</sup>

**Jesús Albarracín – Pedro Montes**

Esta ponencia tiene dos partes bien diferenciadas. En la primera, se analiza el estado actual de la crisis económica a nivel internacional, destacando los rasgos que consideramos esenciales para calibrar las posibilidades de que el capitalismo emprenda una etapa de crecimiento alto y sostenido a partir de la recesión presente. Es decir, para evaluar si existen condiciones para que se supere la onda larga recesiva que ha enmarcado el desarrollo del sistema en los últimos veinte años y se inicie una nueva fase expansiva a largo plazo. Fuera de una inevitable selección subjetiva de esos rasgos, los mismos se tratan de presentar con objetividad, recurriendo a los datos suministrados por los organismos económicos internacionales, con el fin de evitar toda discusión sobre el valor de la información aportada. En la medida de lo posible, se pretende trazar un cuadro de la situación desprovisto de elementos de interpretación y de especulación, que sea fácilmente aceptado como reflejo de la realidad.

El resto de la ponencia tiene un carácter bien distinto. A partir de lo expuesto en la primera parte, se pasaran revista a las distintas valoraciones existentes en el seno de la izquierda sobre el momento por el que atraviesa la economía capitalista, así como sobre las opiniones relativas al desenlace de la actual situación y las vías y la forma que adoptará. No hay opiniones unánimes sobre estos asuntos, lo que no quiere decir que no haya acuerdo en muchos aspectos,

1. Durante la primera semana del pasado mes de noviembre, se celebró un seminario en el Institut International de Recherche et Formation de Amsterdam con los objetivos de analizar el estado actual de la crisis económica y sus perspectivas a corto plazo y poner en marcha una coordinación internacional en este terreno. A dicho seminario acudieron economistas de la izquierda radical procedentes de Francia, Bélgica, Inglaterra, Holanda, Alemania, el Estado Español, Suiza, Hungría, Canadá, Brasil y Méjico. El presente trabajo se ha beneficiado de los debates que en el mismo se produjeron.

ni que las discrepancias en otros sean frontales, ni, en fin, que las posibles salidas abarquen todo el espectro lógico imaginable. En general, se está de acuerdo en que el capitalismo pasa en el terreno económico por serias dificultades (otra cosa es en el campo político e ideológico) y en que no es previsible que se adentre en una etapa de crecimiento intenso del tipo de la que conoció tras la segunda guerra mundial. Se dedica un apartado amplio a exponer las posiciones de los llamados "regulacionistas", reconociendo que los autores ligados a esta corriente tienen colectivamente una explicación compleja y madura de la evolución del capitalismo y del momento que atraviesa, aun a sabiendas de las simplificaciones y deformaciones que pueden cometerse, pues como corriente de pensamiento es diversa en sus criterios y opiniones. Los autores de estas páginas darán a conocer sus divergencias con los autores mencionados y expresarán en positivo sus propios puntos de vista, tanto porque también se inscriben dentro de una posición consolidada ante la crisis, como para alentar una discusión en un tema que parece clave para el futuro del pensamiento de la izquierda y de la evolución política en los países capitalistas avanzados.

En la presente ponencia, se sostiene la tesis de que el capitalismo está lejos de adentrarse en una nueva onda expansiva, a pesar de los avances logrados en restaurar la tasa de beneficio gracias a la política de austeridad que han logrado imponer los gobiernos, que ha producido un retroceso de los salarios en la distribución de la renta y una degradación de las condiciones de vida y laborales del conjunto de los trabajadores. Al mismo tiempo, el sistema está recorrido por agudos factores de inestabilidad, que no hacen descartable que la actual recesión se complique e incluso que se desencadene una crisis grave, que tendría como catalizador o amplificador la esfera financiera de la economía. Ya sea por el desgaste a que se están viendo sometidos los trabajadores por la política de la burguesía y por la prolongación de la onda larga depresiva ya sea porque una recesión grave pondría en muy malas condiciones al movimiento obrero, existen riesgos de una grave derrota de los trabajadores, que, a nuestro juicio, es una condición indispensable para que el capitalismo salga de su actual parálisis e inestabilidad. No obstante, por el momento, no se vislumbra esa derrota: la resistencia está siendo grande y es probable que antes que se produzca un ataque la burguesía se vea obligada a cambiar de política, desterrando el liberalismo y volviendo desesperadamente a fórmulas de intervención estatal que ayuden a pasar una época inquietante.

## I. LA SITUACIÓN ECONÓMICA TRAS LA ÚLTIMA RECUPERACIÓN

El último período de expansión del capitalismo a escala internacional ha sido bastante largo, pues se inició al principio de la década de los ochenta y ha concluido con ella. La recuperación prendió en los Estados Unidos en 1981 y se propagó con algún retraso al resto de los países capitalistas: en todo caso para el conjunto puede hablarse de una recuperación cíclica mas bien larga, si bien la intensidad del crecimiento del PIB y de la acumulación ha sido menos pronunciada que otras fases favorables anteriores inscritas en la onda larga expansiva. El PIB de los países de la OCDE creció durante el período de 1960-73 a una tasa anual media del 4,9%, en tanto el crecimiento entre 1983-1989 ha sido del 3,6%, para caer en 1990 y 1991 al 2,6 y 1,1%, respectivamente. De modo que se puede seguir afirmando que el crecimiento medio en la fase expansiva de la onda larga que precedió a la crisis iniciada en 1973 es más alto que el crecimiento medio en la onda larga depresiva. Y esto es así (véase gráfico 1), tanto para el conjunto de todos los países de la OCDE, como para cada uno de los principales bloques imperialistas, al margen de que se ha seguido manteniendo una diferencia acusada en el nivel de crecimiento de Japón con respecto a US y la CEE. El primer rasgo, pues, que debe destacarse es que la favorable evolución económica de los ochenta no ha sido una etapa excepcional en el crecimiento, confirmándose la prolongación de la onda larga depresiva.

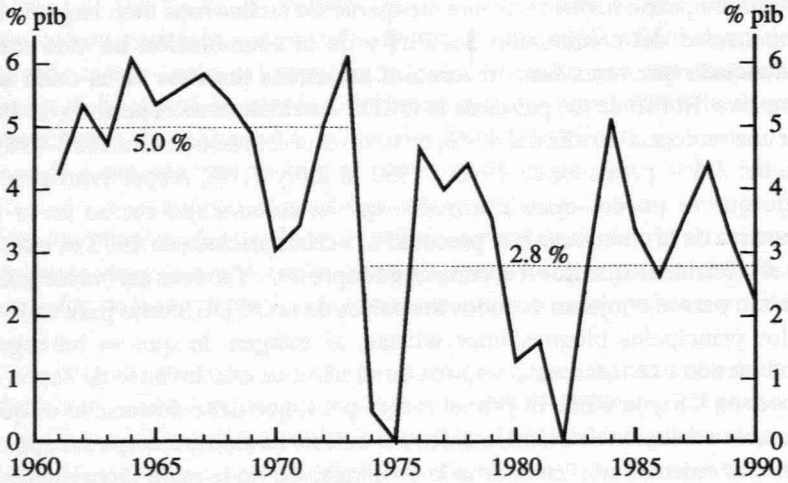
### *1.1. Los motores de la expansión coyuntural.*

El último período de expansión se ha producido en unas circunstancias ventajosas peculiares, que no es probable que se repitan en los años venideros. En primer lugar, toda la economía mundial contó con el impulso proveniente de la expansión norteamericana, que, incurriendo en enorme déficit exterior, propulsó la demanda de las exportaciones del resto de los países, facilitando la recuperación de éstos. La balanza por cuenta corriente de los Estados Unidos pasó de un superávit de 7,000 millones de dólares en 1981 a un déficit de 160,000 en 1987, que representaba el 3,6% de su PIB. Internamente, el déficit exterior norteamericano se reflejó en un aumento sustancial del déficit público, que ha permanecido durante el período 1982 a 1988 por encima del 3% del PIB como media, agravándose posteriormente hasta estimarse para el año fiscal de 1992 la cifra de 374,000 millones de dólares, cuando en los dos años anteriores fue de 220,000 y 269,000 millones respectivamente.

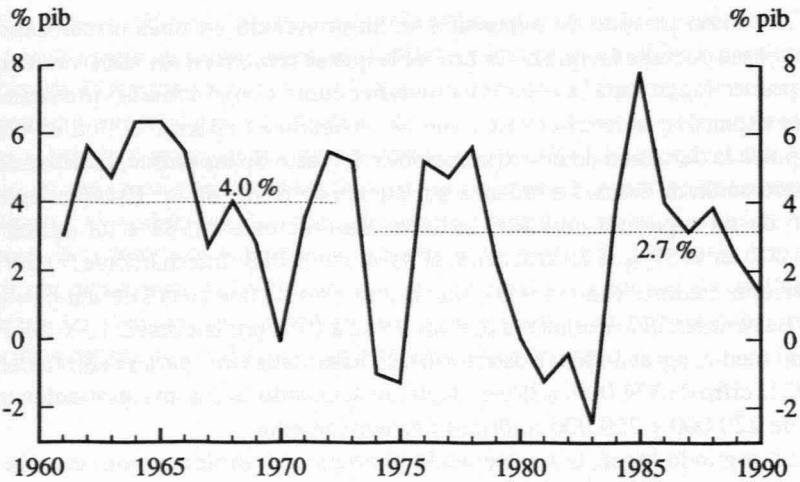
En segundo lugar, la recuperación gozó para su prolongación, cuando ya

## EL CICLO EN LA OCDE (Tasa de crecimiento del PIB)

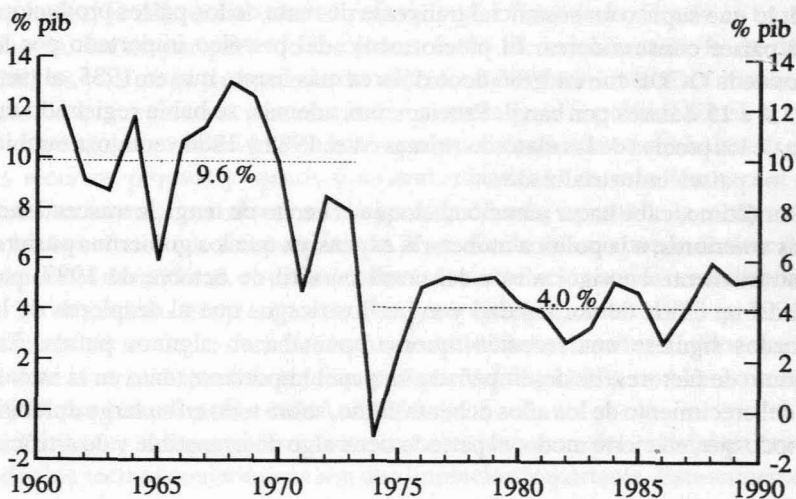
### CONJUNTO DE LA OCDE



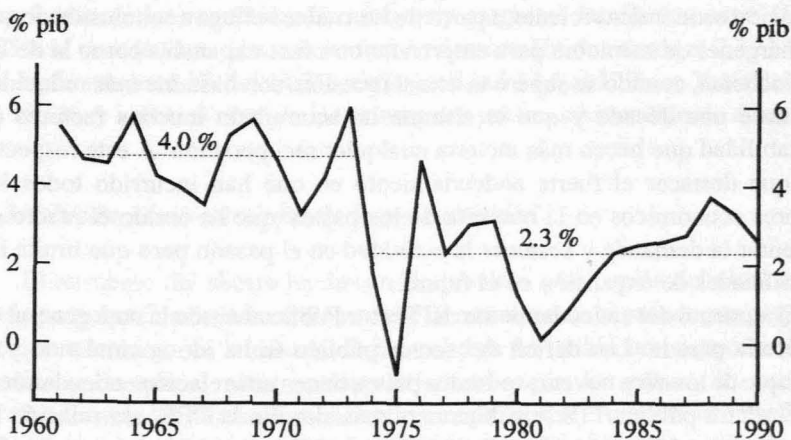
### EE.UU.



## JAPÓN



## CEE



Las líneas indican los promedios de los periodos 1961 a 1973 y 1974 a 1990.

Los datos de 1990 corresponden a las previsiones de la OCDE.

llevaba algún tiempo en marcha, de la brusca caída del precio del petróleo en 1985, lo que supuso un sustancial transvase de renta de los países productores a los países consumidores. El precio medio del petróleo importado por los países de la OCDE fue en 1986 doce dólares más barato que en 1985, al pasar de 27,4 a 15 dólares por barril. Previamente, además, se había registrado una caída de los precios de las materias primas entre 1982 y 1986 ventajosa también para los países industrializados.

Por último, cabe hacer mención, aunque el hecho no tenga la trascendencia de los anteriores, a la política monetaria expansiva que los gobiernos pusieron transitoriamente en vigor a raíz del crash bursátil de octubre de 1987, para infundir un clima de normalidad y evitar los riesgos que al desplome de los mercados siguiese una recesión, que se apuntaba en algunos países. Este conjunto de factores, ha desempeñado un papel importante tanto en la intensidad del crecimiento de los años ochenta como, sobre todo en su larga duración, de modo que, en cierto modo, el período tiene algo de irrepetible y de artificial.

### *1.2. El aumento del endeudamiento.*

La opinión anterior se refuerza si se analizan otro conjunto de rasgos de la evolución económica reciente, a partir de los cuales se llega a conclusión de que los márgenes de maniobra para emprender otra fase expansiva como la de los años ochenta, cuando se supere la actual recesión, son bastante más reducidos que hace una década y que el sistema ha acumulado muchos factores de inestabilidad que hacen más incierta cualquier recuperación. A este respecto, hay que destacar el fuerte endeudamiento en que han incurrido todos los sectores económicos en la mayoría de los países, que ha tenido el efecto de aumentar la demanda y sostener la actividad en el pasado pero que limita las posibilidades de expansión en el futuro.

El aumento del endeudamiento del Sector Público ha sido la nota general en la década pasada. Los déficit del sector público se ha ido acumulando y al principio de los años noventa todos los países tienen una relación endeudamiento del sector público/PIB sensiblemente más alta. En la CEE, esa relación ha aumentado en 15 puntos, pasando del 45% al 60%, con aumentos espectaculares en algunos países como Bélgica, Italia y Holanda. En Estados Unidos y en Japón el aumento también ha sido de 15 puntos. El aumento fue más intenso al principio de la década que en la última parte, reflejando, en parte, las repercusiones favorables de la recuperación cíclica en las cuentas de las Administraciones Públicas. No obstante, a los efectos de resaltar la reducción del margen

de maniobra que tienen la mayoría de los países para adoptar una política fiscal expansiva, la diferencia entre el principio y el final de la década es bastante acusada. La mayor parte de los países están incurriendo todavía en déficit públicos y la carga de intereses ha crecido significativamente en muchos de ellos, lo que representa otra rémora importante para la política fiscal.

Otro tanto puede decirse de las empresas. La relación en sus balances entre los recursos propios y ajenos y su endeudamiento en relación con el PIB muestran un empeoramiento a lo largo de la década, a pesar de la recuperación de los beneficios que se ha registrado. Y, en fin, lo mismo puede decirse de las economías domésticas, cuyo endeudamiento en relación con la renta disponible se ha degradado acusadamente. Así, por ejemplo, entre 1980 y 1990, el endeudamiento de las familias ha aumentado en los Estados Unidos desde el 77% de la renta disponible al 96%, en Japón del 58 al 92%, en Alemania del 76 al 87%, en Gran Bretaña del 48 al 105%.

Cualquier recuperación cuenta con este aumento del endeudamiento de todos los sectores económicos con una limitación importante. Este aumento del endeudamiento ha ido acompañado de una caída sensible del ahorro nacional, cuyo nivel es más bajo que el que se registró en la fase de la onda larga. Para los países que integran el G-7, frente a una tasa ahorro neto del 13,5% del PIB en la década de los sesenta y de los setenta, en la de los ochenta ha sido del 10%. En el caso de las economías domésticas y empresas familiares, entre 1980 y 1990, la tasa de ahorro ha descendido en Estados Unidos desde el 7,3 al 4,3%, en Japón desde el 17,9 al 14,3%, en Francia del 17,6 al 12%, en Italia del 21,6 al 15,6%, y así en el resto de los principales países, a excepción de Alemania.

### *1.3. El reducido crecimiento de la productividad.*

El retroceso del ahorro ha discurrido paralelo a una caída del nivel medio de la participación de la inversión en el PIB con respecto al pasado, sin perjuicio de que a lo largo de la década de los ochenta ha tenido un comportamiento cíclico y de que el nivel es muy diferente según los países, lo que está profundizando las diferencias entre ellos, en particular la que existe entre Japón y los "nuevos países industriales" con los Estados Unidos, y en menor medida en la CE. Y como consecuencia de esta comparativamente baja capitalización con otros períodos del pasado, se ha producido una caída apreciable del aumento de la productividad en el conjunto de los países, nuevamente sin perjuicio de las fuertes diferencias que existen entre los distintos bloques capitalistas. Frente a un aumento medio del 3,8% en el período 1960-73 para

los países de la OCDE, el aumento ha quedado reducido al 2% entre 1983 y 1990. En el sector empresarial, del 4,1% en aquel período, no se ha superado el 1,5% entre 1973 y 1990, siendo este un fenómeno que afecta a todos los países, salvadas las diferencias acusadas de niveles que existen entre ellos (véase gráfico 2).

Esta caída de la productividad debe considerarse como un rasgo importante de la fase vivida por el capitalismo en el último período, al que todas las corrientes de opinión prestan atención por sus repercusiones en la tasa de explotación y en la tasa de ganancia. Debe matizarse, sin embargo, que se ha registrado una diferencia muy marcada en la evolución de la productividad por sectores productivos. En el sector manufacturero, núcleo de la producción del valor, el aumento de la productividad ha sido más alto que en el resto de los sectores, pero ese crecimiento, en contraste con el pasado ha sido producto de un crecimiento más leve del valor añadido y de una disminución del empleo en el sector secundario. La creación de empleo durante el período de expansión se ha concentrado en el sector servicios, arrojando unos aumentos de productividad muy débiles.

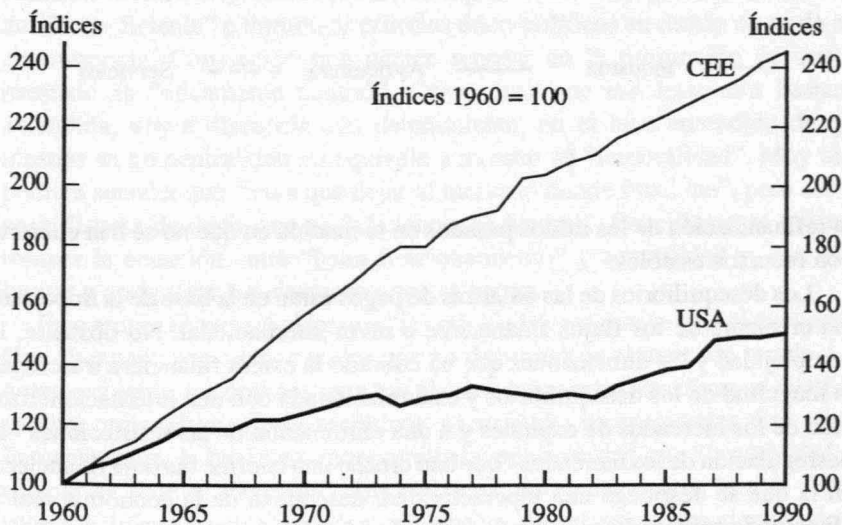
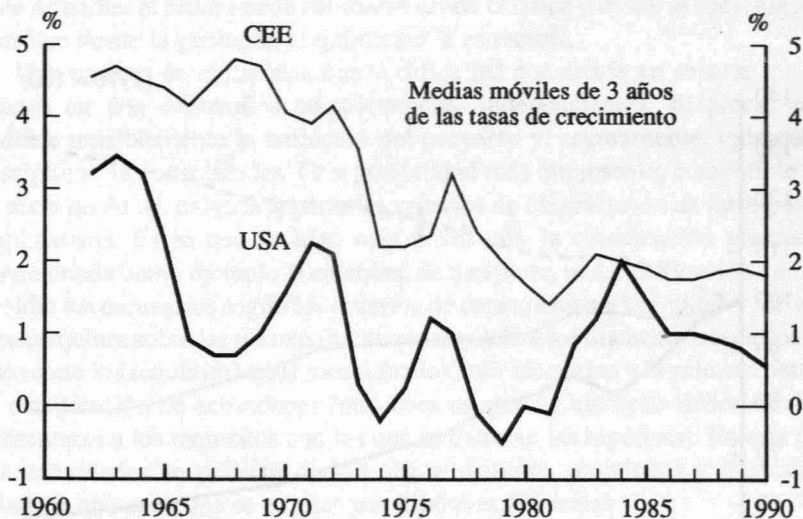
La evolución del empleo, y por consiguiente del paro, merece algunas referencias adicionales. La generación de empleo se activó con algún retraso sobre la recuperación de la economía, creciendo luego con intensidad pero concentrado, como se ha dicho, en el sector servicios, y revistiendo los puestos de trabajo una gran precariedad. Por lo demás, el paro se ha reducido en los últimos años —hasta fechas recientes en que de nuevo ha comenzado a crecer con la recesión en algunos países— pero su nivel se mantiene en cotas muy altas, reafirmandose que cada ciclo coyuntural expansivo se inicia con un nivel de paro, en términos absolutos y relativos, superior. En la cúspide de la pasada recuperación el desempleo azotaba a 25 millones de personas y en estos momentos son ya 28 millones los afectados (véase gráfico 3).

#### *1.4. La inestabilidad internacional.*

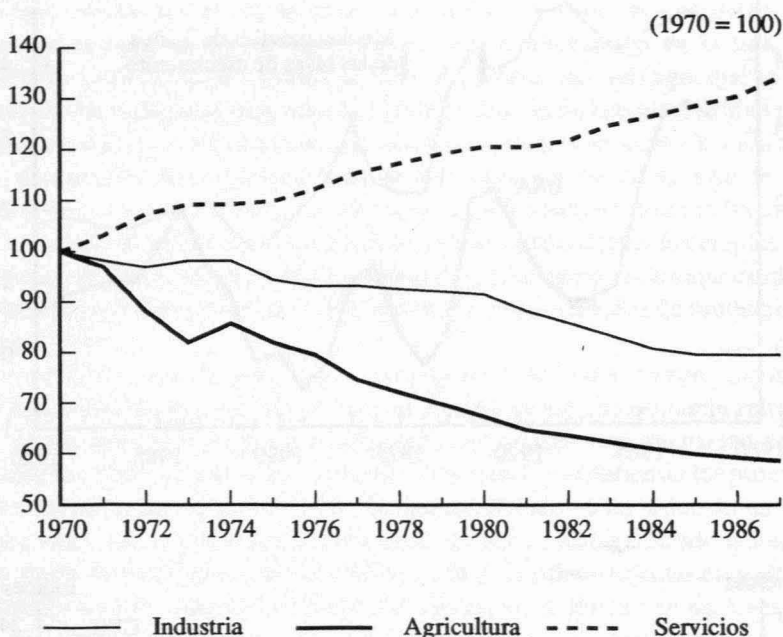
A nivel internacional la última recuperación ha ido acompañada de fuertes desequilibrios exteriores entre los países. Como contrapartida del agudo déficit exterior americano, las balanzas de pagos de Japón y Alemania han registrado intensos superávits. La brecha de estos desequilibrios se ha reducido en los últimos tiempos pero los flujos financieros que tienen que producirse para saldar las balanzas corrientes no han disminuido, puesto que a las necesidades de financiación que suscita cada nuevo déficit han de sumarse las derivadas de



**PRODUCTIVIDAD EN EE.UU. Y LA CEE**  
Tasas de crecimiento e índices



## EVOLUCIÓN SECTORIAL DEL EMPLEO EN LA COMUNIDAD ECONÓMICA



la refinanciación de los saldos pasados en la medida en que no se han cubierto con recursos estables.

Los desequilibrios de las balanzas de pagos están en la base de la importancia creciente de los flujos financieros a nivel internacional. No obstante, la complejidad y las dimensiones que ha cobrado la esfera financiera trasciende la magnitud de los desequilibrios y está relacionada con una internacionalización de los mercados de capitales y a una eliminación de las restricciones —la desregulación de los mercados— que han creado una enorme burbuja financiera, en la que se despliega una hiperactividad, desconexa de la economía real y alimentada principalmente por la especulación.

Las disciplinas se fundamentan en distintas perspectivas, en distintas abstracciones sobre la realidad. Una misma superficie —para seguir con el símil geográfico— se contempla unas veces como mapa político y otras como mapa administrativo o geológico. No hay objetos reales que sean patrimonio exclusivo de nadie: el billar puede abordarse desde la física y desde la sociología; el petróleo desde la geología, la química o la economía.

Una manera de evitar esta nueva dificultad consistiría en separar los dos planos en dos desarrollos completamente independientes. El precio sería reducir sensiblemente la ambición del proyecto y, seguramente, redescubrir disciplinas ya consolidadas. Otra posibilidad más interesante, compatible con el texto de Anisi, exigiría separar los criterios de clasificación de las hipótesis explicativas. Es lo que se hizo más arriba con la clasificación alternativa mencionada como ejemplo. Teníamos, de una parte, una clasificación que nos dividía los escenarios según los criterios de dependencia e intimidad y, de otro, una conjetura sobre las normas éticas que regulaban los distintos escenarios. De ese modo los requerimientos mencionados solo afectarían a la primera parte, a la clasificación de actividades (otra cosa es que las hipótesis deberían ahora enfrentarse a los requisitos con los que se calibran las hipótesis). En este caso las actividades se podrían dividir según distintos propósitos y después se añadiría que cada una se explica por hipótesis diferentes.

Por ejemplo, existiría un ámbito de actividades que se dedicaría a asignar recursos escasos y ese ámbito se explicaría por el mercado. Tesis que resultaría consistente con la extendida convicción según la cual “hay que dejar al mercado donde es eficiente” e introducir criterios ético-políticos en donde no se de esa circunstancia. Convicción que parece reposar en la presunción de que el mercado es “éticamente neutral”. Como creo que esa tesis está bastante extendida, voy a discutirla con detenimiento, en el bien entendido de que mostrar su no neutralidad no equivale a mostrar su “inmoralidad”. Muy bien pudiera suceder que “haya que dejar al mercado donde funcione”, pero eso es cosa distinta de decir que su “eficiencia es neutral”. Sencillamente quisiera romper la ecuación entre “buen funcionamiento” y neutralidad y, con ello, invitar a no ignorar las elecciones que se hacen.

Para empezar, no está claro que “la actividad de asignar se deje al mercado”. Hay abundantes recursos escasos que no dejamos que el mercado regule. Las notas escolares, los órganos para trasplantes, las parejas atractivas se distribuyen por otros criterios: meritocráticos, necesidades o capacidades. Eso sencillamente refuta la hipótesis entrecomillada: no es verdad que “la actividad de asignar se deje al mercado”. Sin embargo, no atenta contra la más arriba sugerida, la que asocia mercado y eficiencia y de ahí deriva que el mercado es

“una zona libre de valores”.

No creo que Anisi sostenga esta tesis. De hecho, en su texto se afirma explícitamente que “el mercado no es neutral”. Pero no me parece que el texto sea plenamente consistente con esa opinión. Al menos no se sigue, sin más, de lo que parece ser el núcleo de su argumentación: el juicio implícito que discrimina entre procesos regulados por valores y por el mercado, solo tiene sentido si se presume que el mercado no tiene que ver con los valores. El modo en que aparece esa negación de la neutralidad del mercado no alcanzo a seguirlo. Una interpretación que se me ocurre es como resumen de un aserto más largo que vendría a decir: “como el mercado no es eficiente en determinados contextos, y sin embargo el mercado se está extendiendo a tales contextos, el mercado no es neutral”. La no neutralidad del mercado tendría que ver con su eficiencia. Mientras el mercado sea eficiente, es neutral, donde el mercado no funciona, empiezan los valores. No sé si interpreto bien a Anisi, pero no veo mi atribución inconsistente con la tesis, ya más explícita, presente a lo largo del texto de que los valores o la autoridad se encargarían de regular esas otras áreas. Quedaría, pues, un ámbito sobre el que nada se podría decir desde un punto de vista ético-político.

Sin embargo, tampoco resulta difícil encontrar lugares en donde los valores se introducen en el ámbito de la eficiencia. En la cola de un cine, por ejemplo, no se ofrece dinero por las posiciones, aunque se conseguiría un óptimo de Pareto: nadie queda peor y dos mejoran, el que consigue un lugar y el que se queda con el dinero. La explicación —si es que necesita explicación “que algo no pase”— seguramente hay que buscarla en la violencia moral que semejante puja supondría. Parece, pues, que también es falsa descriptivamente la hipótesis de que “el mercado se corresponde con las actividades donde funciona eficientemente”: en la cola resultaría eficiente y sin embargo ésta se regula por valores. El mercado, aun en la eficiencia, choca con nuestros valores, con valores que nos llevan a pensar que “la compra de un lugar en la fila estaría mal”. En todo caso, eso no es lo mismo que decir que “el mercado tiene valores”.

Pero es que tampoco es verdad que el “mercado esté libre de valores”. De mostrarlo se encarga el próximo apartado. Reconocer la dimensión normativa que anida en el núcleo del mercado socava cualquier intento de salvar el marco de distinciones que nos ocupa. Ciertamente es que, en principio, el reconocimiento de que la eficiencia queda interferida por los valores, no tendría que atentar contra una clasificación que se quisiese normativa. No se trataría tanto de decir como son las cosas, en cuyo caso, como se ve la cosa no funciona, pues no es verdad que la asignación (eficiente) de recursos escasos se haga con el mercado, como de defender como deberían ser: hay una zona en donde los valores no

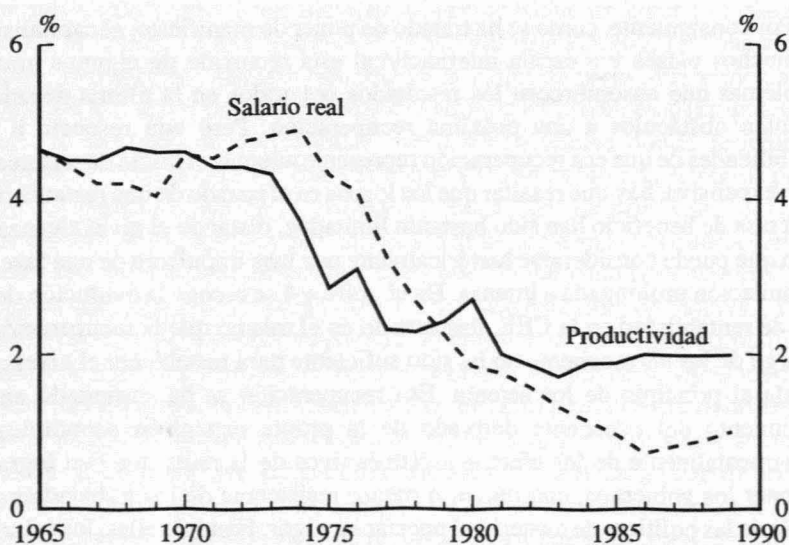
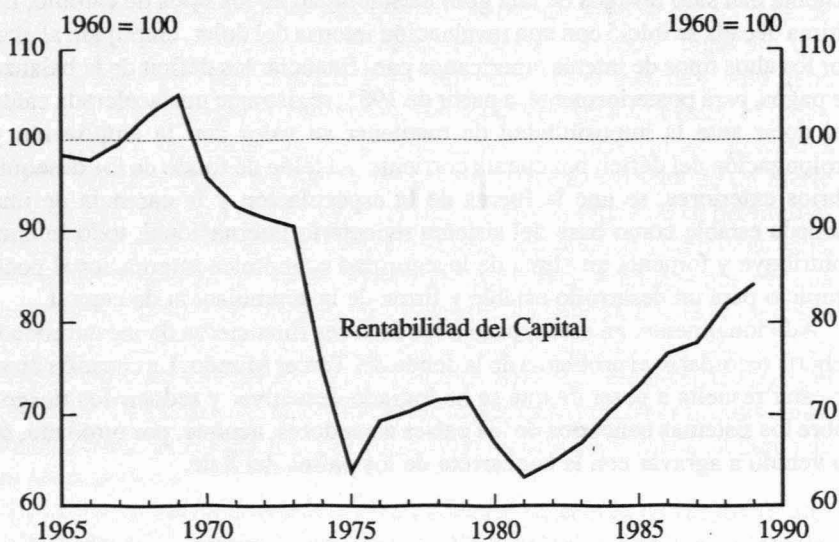
Lo mencionado para los mercados financieros se puede hacer extensivo a los mercados de cambio, un terreno más donde ejercer la especulación. Los ochenta han sido testigos de una gran inestabilidad de los tipos de cambio. La última década se inició con una revaluación intensa del dólar, empujado al alza por los altos tipos de interés americanos para financiar los déficit de la balanza de pagos, para posteriormente, a partir de 1985, registrarse una acelerada caída del dólar ante la imposibilidad de mantener su valor con la ampliación y prolongación del déficit por cuenta corriente. Al telón de fondo de los desequilibrios exteriores, se une la fuerza de la especulación y la carencia de una moneda estable como base del sistema monetario internacional, todo lo cual contribuye y fomenta un clima de inseguridad económica internacional poco propicio para un desarrollo estable y firme de la acumulación de capital.

Adicionalmente, en este repaso a los factores financieros de inestabilidad, debería recordarse el problema de la deuda del Tercer Mundo. La cuestión dista de estar resuelta a pesar de que se ha logrado desactivar y reducir los riesgos sobre los sistemas bancarios de los países acreedores, aunque, por otro lado, se ha venido a agravar con la bancarrota de los países del Este.

### *1.5. La limitada recuperación de la tasa de beneficio.*

Por consiguiente, como se ha tratado de poner de manifiesto, el capitalismo en muchos países y a escala internacional está recorrido de algunos graves problemas que ensombrecen los resultados obtenidos en la última década y levantan obstáculos a una próxima recuperación. Pero con respecto a las posibilidades de que esa recuperación represente además el inicio de una nueva onda expansiva, hay que resaltar que los logros en el pasado de una restauración de la tasa de beneficio han sido bastante limitados, distando el nivel alcanzado de lo que puede considerarse históricamente una tasa impulsora de una fase de acumulación prolongada a intensa. En el gráfico 4 se recoge la evolución de la tasa de rentabilidad en la CEE, destacando en el mismo que la recuperación a lo largo de los años ochenta no ha sido suficiente para restablecer el nivel que existía al principio de los setenta. Esa recuperación se ha sustentado en el crecimiento del excedente derivado de la propia expansión económica y fundamentalmente de los efectos redistributivos de la renta que han logrado imponer los gobiernos, con mayor o menor resistencia de los trabajadores, a través de las políticas de austeridad puestas en vigor. Fruto de ellas, los salarios directos han perdido participación en la renta nacional y los salarios indirectos y diferidos han sufrido recortes derivados de la puesta en cuestión del Estado

### RENTABILIDAD DEL CAPITAL, SALARIOS REALES Y PRODUCTIVIDAD EN LA CEE



Fuente: CEE Employment in Europe 1989

del Bienestar. No obstante, ni en el tema de los salarios directos ni en el retroceso del Estado del Bienestar se han producido cambios drásticos y decisivos, o por lo menos con la entidad suficiente para restaurar la tasa de beneficio al nivel anterior a la crisis de los setenta. Los salarios reales han aumentado aunque sea levemente y se puede considerar irrelevante la disminución de los gastos públicos en consumo, transferencias e inversión, sin perjuicio de que se ha detenido la tendencia expansiva de los años setenta. Para los países de la CE, el gasto público como porcentaje del PIB creció en 12,7 puntos entre 1970 y 1982. Posteriormente ha disminuido, pero sólo en poco más de un punto.

## II. LAS TRANSFORMACIONES DURANTE LA CRISIS

Desde el punto de vista de la izquierda, los debates más interesantes sobre las características de la crisis económica actual y sus eventuales salidas son los que se están produciendo entre aquellos que, de una forma u otra, la caracterizan como la fase recesiva de una onda larga. Las controversias teóricas que se han producido en este terreno han girado en torno a si el cambio de una fase recesiva de larga duración a una expansiva se produce endógenamente (la fase recesiva va creando las condiciones para la nueva expansión de forma que esta se produce automática e inevitablemente), o exógenamente (se requiere el concurso de algún factor externo). Como es evidente, los conceptos de endogeneidad y exogeneidad no lo son en referencia a la sociedad capitalista en su conjunto, pues en este caso todo sería endógeno, sino respecto al mecanismo económico básico de su funcionamiento<sup>2</sup>.

El carácter endógeno de las ondas largas fue defendido por Kondratiev, el primero que, en los años veinte, hizo un estudio empírico sobre las mismas. Para él, el comportamiento cíclico de la economía capitalista, las innovaciones tecnológicas e, incluso, una serie de fenómenos económicos y sociales (guerras, expansión geográfica de los mercados, etc.) estarían determinados por las propias fuerzas internas del capitalismo. El carácter exógeno de las ondas largas ha sido defendido desde dos puntos de vista muy diferentes. El primero, cuyo representante más destacado es Schumpeter, parte de la idea de que los ciclos largos son causados por los procesos innovadores. El segundo, desde nuestro punto de vista más correcto, parte de la idea de que las ondas largas están

2. Un panorama de la controversia teórica sobre las ondas largas puede encontrarse en E. Mandel. *El capitalismo tardío*. Capítulo IV. México 1972. Una visión desde posiciones no marxistas puede encontrarse en el artículo de N. Rosemberg y C.R. Frischtak "La innovación tecnológica y los ciclos largos". *Papeles de Economía Española* nº 28.

determinadas por factores externos, pero no por las innovaciones tecnológicas, sino por fenómenos extraeconómicos no sistemáticos y no periódicos que, además, habrían sido diferentes en las distintas fases del capitalismo. Entre ellos, la lucha de clases hay que situarlo como uno de los más importantes. En esta posición es en la que sitúan autores como Trotski, Mandel o Rostow.

### 2.1. *La teoría de la regulación.*

Sin embargo, desde mediados de la década de los setenta, una serie de autores franceses han analizado la crisis desde una perspectiva novedosa. Reclamándose de todo o de parte de Marx, según quien sea el autor, tienen muy en cuenta las contribuciones de Keynes. Las aportaciones de esta corriente se encuentran muy dispersas<sup>3</sup> y su heterogeneidad interna es muy grande, pero sus elementos comunes han hecho que estos autores se puedan agrupar en lo que se conoce como “escuela de la regulación”. La mayor parte de ellos rechazan el análisis de las ondas largas pero, como se verá inmediatamente, tienen muchos puntos en común. Incluso se les podría situar entre los que sostienen que la nueva fase expansiva se produce endógenamente. En síntesis y utilizando la terminología del análisis de las ondas largas en todo lo posible, su posición es la siguiente.

Los “regulacionistas” se preguntan como puede funcionar el capitalismo a pesar de sus contradicciones internas e indagan en las transformaciones que se han sucedido en el sistema a través de las cuales se han superado las recurrentes crisis que ha padecido, lo que les lleva al concepto de “modo de regulación”. El modo de regulación es un conjunto de mecanismos, instituciones y comportamientos individuales y colectivos que aseguran la reproducción del sistema desde el punto de vista económico y social, esto es, que permite reabsorber las contradicciones y darle una estabilidad suficiente para asegurar la acumulación. Las características de la configuración exacta del modo de regulación descansa en formas institucionales que son producto de relaciones sociales (las relaciones crediticias, las relaciones salariales, la competencia intercapitalista, la inserción internacional, etc.) y se corresponden con una determinada forma de acumulación. A lo largo del desarrollo del capitalismo se pueden producir crisis de dos tipos: crisis “en la regulación”, que sería el equivalente a las crisis

3. Véase Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, Madrid 1979, Robert Boyer, *La Théorie de la régulation: une analyse critique*, París 1986 y, en general, los estudios llevados a cabo en el CEPREMAT (Centre d'Etudes prospectives d'Economie mathématique appliquées a la planification) y en el GRESP (Groupe de recherches et d'études sur les systemes productifs).



industriales periódicas, y crisis “de la regulación”, que se podrían asimilar a las fases recesivas de una onda larga. Cuando se produce una crisis “de la regulación”, el capitalismo desarrolla elementos internos que tienden a poner en pie una regulación nueva, con la que se superará la crisis. La salida de la fase recesiva de la onda larga se produce fundamentalmente, pues, por factores endógenos.

Durante la fase expansiva posterior a la II Guerra Mundial, el capitalismo funcionó con una regulación que estos autores denominan “fordista”. El capital tiene dos formas fundamentales de gestionar el trabajo obrero. Puede buscar el aumento de la plusvalía absoluta, prolongando la jornada de trabajo y organizando el trabajo sobre una base taylorista (racionalizando el proceso productivo para eliminar los tiempos muertos, por ejemplo), o puede tener como objetivo el aumento de la plusvalía relativa, mediante la búsqueda sistemática de ganancias de productividad en los bienes de consumo de masas, la tendencia al trabajo semiautomatizado, etc. El crecimiento de la plusvalía por esta vía permite el aumento de la tasa de beneficio y, dentro de ciertos límites, la mejora del nivel de vida de la clase obrera. Esto es lo que ocurrió en los años de expansión. Durante ese período, los salarios no solamente representaban un coste para los capitalistas, sino también un mecanismo de absorción de una producción creciente. Los convenios colectivos, mediante los que se determinaba el crecimiento de los salarios en función de la productividad, garantizaban que el poder adquisitivo crecería con la acumulación. Los grandes sectores de la producción se articularon en torno al consumo de masas teniendo en cuenta estas condiciones de explotación dominantes, con el resultado que ese aumento no fue opuesto al mantenimiento de una alta tasa de beneficio, contribuyendo además a superar la contradicción latente entre la producción y la realización de la plusvalía<sup>4</sup>. Sin embargo, a partir de mediados de la década de los setenta,

4. Los salarios crecerán empujando la demanda y con ella la producción, sin que la tasa de beneficio se vea afectada por dicho crecimiento de los salarios si se cumplen las llamadas “tres reglas del fordismo” de los regulacionistas: 1) los salarios crecen como la productividad, 2) el crecimiento de la productividad compensa el de la relación capital trabajo y 3) el consumo crece como los salarios.

Sean Y el PIB, W los salarios, B los Beneficios, L el empleo total y K el capital. La tasa de beneficio, r, será:

$$r = \frac{B}{K} = \frac{(B/Y)}{(K/Y)} = \frac{\text{participación beneficios en el PIB}}{\text{relación capital producto}}$$

La primera regla es necesaria para que el numerador no varía, en efecto:

el modo de regulación vigente después de la II Guerra Mundial ha entrado en crisis, por lo que hay que estudiar como surgirá una regulación nueva y las características que tendrá. Pero en todo caso, no se producirá por factores exógenos pues estos autores consideran que las guerras, la lucha de clases, la nueva regulación, etc. son datos endógenos al sistema, producto de sus propias contradicciones internas.

## 2.2. *¿Hacia una nueva regulación?*

El debate se ha enriquecido porque otros autores, también franceses, que se sitúan en el campo de análisis de las ondas largas y que sostienen el carácter exógeno del paso de la fase recesiva a la expansiva, han incorporado una parte sustancial de los esquemas de los "regulacionistas"<sup>5</sup>. Para estos autores, la economía capitalista se encuentra todavía en la fase recesiva, de modo que la recuperación de 1982 a 1990 hay que interpretarla como un movimiento cíclico dentro de la misma y no como un indicador de que está en vísperas de un cambio de onda larga, pero el problema no se puede circunscribir al análisis de la tasa de beneficio. Para la explicación tradicional, la salida de la onda larga recesiva requiere nuevos mercados y una recuperación sostenida de la tasa de beneficio, pero estos no son los criterios con los que hay que juzgar la situación actual. Es verdad que no se pueden esperar tasas de crecimiento del 5 al 6%, como en los años previos a la crisis, pero este es un falso criterio para valorar la estabilidad del capitalismo, porque aun cuando no se entre en una etapa de intenso crecimiento, el sistema puede funcionar y sostenerse establemente. El criterio debe ser si podrá alcanzar una estabilidad social, independientemente del nivel

$$\text{Participación de los salarios} = \frac{W}{Y} = \frac{(W/L)}{(Y/L)} = \frac{\text{salario real por persona}}{\text{productividad}}$$

La segunda para que no lo haga el denominador. En efecto:

$$\frac{K}{Y} = \frac{(K/L)}{(Y/L)} = \frac{\text{relación capital/trabajo}}{\text{productividad}}$$

Y la tercera para que no aparezcan crisis de sobreproducción.

5. Véanse por ejemplo los artículos de M. Durand, C. Brasoc y otros publicados durante los dos últimos años en la revista francesa *Critique Communiste*. Es con estos autores con los que en particular se polemiza en el texto.

de la tasa de beneficio o del crecimiento económico, mediante nuevas articulaciones y nuevas regulaciones que le permitan conciliar sus contradicciones con un suficiente grado de consenso social y de suficiente eficacia económica. En este sentido, sostienen que se han producido algunos cambios apreciables que apuntan a como puede ser la nueva regulación.

Hasta ahora, la recuperación de la tasa de beneficio, cuya caída fue el factor fundamental para el inicio de la crisis económica actual, ha sido insuficiente para determinar una nueva fase de expansión, ya que en la mayoría de los países industriales, el retroceso de los salarios ha sido muy moderado. Pero esto no es lo más importante, porque se han producido transformaciones en la regulación de los salarios que pueden terminar desempeñando el mismo papel a medio plazo. En particular, antes se aceptaba que los salarios reales crecieran como la productividad, de forma que su participación en la renta se mantenía, y ahora ha ganado legitimidad la norma de que, en el mejor de los casos, sólo mantengan su poder adquisitivo. Se acepta, pues, el retroceso de la participación de los salarios en la renta nacional, esto es, el aumento de la tasa de explotación. A esto hay que unirle que se ha producido una verdadera crisis del trabajo. Durante la fase expansiva, el empleo crecía porque la producción lo hacía más que la productividad y, además, la jornada de trabajo se reducía. Ahora, el crecimiento de la productividad se está produciendo a costa del empleo, que descende, y del mantenimiento de la jornada de trabajo. La reducción del empleo en los sectores rentables, el aumento del paro, la precariedad y el deterioro global del estatuto de asalariado, muestran que se está produciendo una enorme "dualización" entre los trabajadores. La división interna de la clase obrera no es nueva, pero durante la fase expansiva había una tendencia a la homogeneización, por ejemplo, en el terreno salarial, mientras que hoy funciona al revés. Esto supone un cambio sustantivo en el comportamiento de los salarios. Todo esto no constituye una victoria decisiva de la burguesía, pero es un avance para sus intereses.

La recuperación de la tasa de beneficio ha sido insuficiente también porque el crecimiento de la productividad es muy bajo en relación con las tecnologías existentes y las nuevas formas de organización del trabajo. Este es un tema crucial que debe estudiarse, pero se pueden señalar algunos elementos de respuesta. En primer lugar, el crecimiento económico de los últimos años se ha basado en los servicios, cuya productividad es menor, lo que ha empujado hacia abajo el crecimiento de la productividad global. Esto no quiere decir que en la industria no se esté produciendo. En segundo lugar, no hay una realización integral de los cambios tecnológicos. Hay potencialidades grandes, pero no se han plasmado por la incapacidad del capitalismo para incorporarlos: son

métodos más costosos y difíciles de generalizar, implican una penetración más lenta, etc. En este sentido, existe un desfase enorme entre el discurso general de la ideología burguesa y la realidad, pero la potencialidad existe. Finalmente, el cambio sustantivo que se ha producido en los salarios permite un menor crecimiento de la productividad sin que ello afecte a la tasa de beneficio.

La forma en que se ha sostenido la demanda a pesar del bajo crecimiento de los salarios también supone un cambio significativo. Durante la fase expansiva, se había establecido una regulación mediante la cual la participación de los salarios en la renta se mantenía y la producción y la demanda crecían armónicamente impulsadas por el consumo salarial. Ahora, cuando se produce crecimiento, los salarios no se benefician de él, sino que lo hacen los beneficios. El consumo que proviene de los salarios no crece, pero el sistema financiero está canalizando una parte del excedente generado en las empresas hacia el consumo no salarial. En efecto, las dificultades para encontrar inversiones productivas rentables hace que grandes flujos de capitales se dirijan hacia el sistema financiero, que se está inflando considerablemente. Pero a través de los altos tipos de interés, parte de los beneficios terminan llegando a las familias ricas que aumentan su consumo. La "financiarización" creciente de la economía desempeña el papel de facilitar el consumo, amortiguando los efectos de una distribución de la renta contradictoria con la realización de la plusvalía, por falta de demanda.

A todo lo anterior hay que unir lo que estos autores denominan "neodualismo", esto es, a una tendencia al fraccionamiento de las economías en dos sectores. Por un lado, la industria moderna y algunos servicios informatizados e informatizables caracterizados por crecimientos elevados de la productividad, débil creación de empleo y relativamente altos salarios. Por otro, los servicios de baja productividad, más abrigados a la competencia, que es el sector que crea empleo, pero más precario, con menos salarios, etc. Hay una tendencia mundial, aunque sea contradictoria, a que en cada país se de este fraccionamiento entre esos los sectores competitivo y no competitivo de la economía y ello ocurre porque la "dualización" es necesaria para que pueda funcionar la reproducción del capital, dados los cambios que se han señalado más arriba.

En efecto, durante la última expansión cíclica, la tasa de beneficio se ha recuperado porque el reducido crecimiento de los salarios reales ha compensado con creces el débil aumento de la productividad y la demanda ha crecido porque el consumo no salarial ha sustituido al salarial. Pero un esquema de crecimiento de este tipo no soluciona la contradicción entre la recuperación de la tasa de beneficio y el mantenimiento del crecimiento de la demanda, más que

muy coyunturalmente. Si la productividad crece débilmente, el empleo aumentará pero la tasa de beneficio se reducirá y, por el contrario, si el crecimiento de la productividad es fuerte, la tasa de beneficio podrá aumentar, pero la demanda se puede ver afectada por la reducción del empleo. Es preciso, pues, desconectar la creación de empleo, sobre la base de una débil productividad, de la determinación de la tasa de beneficio y la única solución reside en el desarrollo de un sector de la economía no sometido a las exigencias de la rentabilidad capitalista o que compense la débil productividad con menores salarios.

En conclusión, no podemos decir que se esté produciendo el cambio de la fase recesiva, sino que estamos en la fase de enfrentamiento en la que se va a decidir si se sale de la misma. La fase recesiva se ha caracterizado por una caída menos brutal que en otras ondas anteriores y ahora estamos en una fase intermedia más larga, que requiere más tiempo, pero el dualismo puede jugar el mismo papel que el fascismo, por ejemplo, en la onda larga anterior. La nueva expansión lo será a costa de la degradación de las condiciones de vida. Antes el capitalismo difundía buena salud, ahora restringe los sectores a los que beneficia y perjudica a otros. El capitalismo ya no será "progresivo" pero se puede dar una salida de la fase recesiva sin un gran salto en la acumulación y el crecimiento porque encuentre una forma de estabilidad social distinta a la de los años cincuenta y sesenta (basada en el crecimiento de los salarios para todos, del estado del bienestar, etc.). El dualismo le puede permitir un cierto apoyo social, estabilizar las relaciones sociales y obtener un cierto consenso y legitimación. La estabilidad será inestable, pero suficiente y, además, la legitimidad no es criterio porque siempre queda el recurso de la coerción. Pero, de todos modos, estas bases todavía no están sentadas: tiene que haber una derrota de la clase obrera para que la gente acepte cualquier empleo. Esto no será fácil para el capitalismo, pero es el modo en que está tratando de salir de la crisis.

### III. LOS INTERROGANTES DE LA SALIDA

Es inevitable compartir muchas de las opiniones expresadas más arriba. El análisis de la situación —los resultados moderados obtenidos por el capitalismo en la última recuperación, especificidades de la misma, la creciente financiarización, dualización social, insuficiente recuperación de la tasa de beneficio, elementos de inestabilidad—, basada como está en un examen riguroso de las condiciones económicas y sociales dominantes en la mayoría de los países, no puede constituir más que un substrato común de toda la izquierda. Igualmente parece fuera de duda para todas las corrientes que no se dan las circunstancias

para que el capitalismo emprenda una recuperación vigorosa, preludio del inicio de una nueva onda expansiva. Sin embargo, por nuestra parte, creemos es posible establecer algunos puntos de discrepancia susceptibles de sustentar un debate sobre el desenlace y vías por las que se superará la situación actual. Esos puntos no se refieren tanto a desacuerdos en el análisis como a la importancia que se puede otorgar a las transformaciones que están teniendo lugar y a las especificidades de la situación como origen de cambios en el sistema que le permitan adentrarse en una etapa de relativa estabilidad. En suma, las diferencias remiten a la polémica que ya se ha señalado sobre si el capitalismo gestará endógenamente soluciones a su crisis o si la actual etapa se quebrará por acontecimientos externos ajenos al funcionamiento del sistema y, por consiguiente, no necesariamente engendrados por él.

Merecen destacarse como puntos de discusión los que se refieren a la estabilidad económica y social del sistema si logra un crecimiento sostenido aunque débil, al papel regulador de la "dualización" social y las pautas de distribución del producto, al potencial de inestabilidad del hipertrofia financiera y, en fin, a la suerte y batallas a las que tendrán que enfrentarse los trabajadores ante las posibles salidas. Trataremos de recapitular los acuerdos y de desarrollar las desavenencias en esta última parte de esta ponencia.

### *3.1. En la fase recesiva de la onda larga.*

Los años ochenta, a pesar de la favorable evolución del capitalismo desde el punto de vista del crecimiento, la acumulación y el empleo, no han definido una etapa superadora de la onda larga recesiva, sino una fase expansiva dentro de esa onda. Como se ha visto, el crecimiento ha sido positivo pero dista de equipararse en intensidad y duración al período que precedió la actual crisis. Ese crecimiento, además, ha tenido lugar en unas circunstancias ventajosas que parecen irrepetibles, porque ha llevado consigo a una degradación de la situación económica interna de muchos países, principalmente los Estados Unidos, que sirvieron de motor a la recuperación vivida. Los gobiernos, las familias y las empresas han mantenido a lo largo de los ochenta una demanda que, ante el deterioro de su situación financiera, habría que juzgar como excesiva y difícilmente prolongable. La inyección estimulante que supuso la caída drástica del precio del petróleo y de otras materias primas tampoco es previsible que se repita y, como se ha puesto de manifiesto, la restauración de la tasa de beneficio ha sido sensible pero insuficiente para relanzar en una oleada de inversiones masivas, por lo que cabría concluir que el capitalismo, en

la década de los noventa, dejado a sus propias fuerzas, es decir, al margen de acontecimientos externos ventajosos, no saldrá de la onda larga recesiva ni obtendrá unos resultados económicos tan favorables.

Sin embargo, ¿quiere ello decir que no hay posibilidad de que haya una senda estable para el capitalismo labrada por algunas transformaciones que están teniendo lugar? Los “regulacionistas” creen que sí y piensan en ella como el futuro lógico y previsible. Por nuestra parte, aunque sería muy atrevido considerar ese futuro como descartable, sostenemos que los cambios no tienen la importancia que se les asigna y que no son muy diferentes de los que se han producido en otras fases de crisis del capitalismo, pronosticando que no cabe esperar un período estable para la economía del sistema. Como en otros momentos históricos equiparables, el desenlace previsiblemente será más convulso y no ajeno a acontecimientos políticos y sociales de gran trascendencia, en los que desempeñar un papel decisivo la lucha de clases.

### 3.2. *¿Nuevos mecanismos reguladores?*

Uno de los problemas más importantes del “regulacionismo” es que tiende a presentar de forma homogénea las características de un período, lo que le lleva a generalizaciones abusivas y a darle importancia crucial a algunos fenómenos. Algo de esto es lo que ocurre con el “neo-dualismo”, un fenómeno que no es nuevo en las crisis del capitalismo y que no debiera considerarse un mecanismo de regulación específico de la actual<sup>6</sup>. El paro como primera expresión de esa dualidad ha sido masivo en otras etapas históricas, y las secuelas de debilitamiento y segmentación de la clase obrera, sobreexplotación de algunos sectores, degradación de las condiciones laborales son manifestaciones usuales en cualquier crisis. El estancamiento económico no afecta por igual a todos los sectores económicos ni en esta ni en las anteriores depresiones, ni por tanto a

6. Algunos fenómenos que se están dando en la actual crisis, como la precarización, los bajos salarios en algunos sectores o la segmentación de la clase obrera, nos parecen nuevos, pero no lo son en absoluto. Durante los años 30, por ejemplo, eran legiones los trabajadores a destajo que no sabían por la mañana si ese día iban a ganar un jornal o no y las desigualdades salariales eran enormes: entre los que cobraban semanalmente y los que lo hacían por meses, entre destajistas y trabajadores fijos, entre empleados privados y funcionarios, etc. En un período en el que se producían deflaciones de precios, muy a menudo los intereses inmediatos de unas capas de trabajadores y otras no coincidían (los destajistas, por ejemplo, veían reducirse sus ingresos conforme bajaban los precios, lo que no ocurría con los empleados y los funcionarios, cuyo poder adquisitivo aumentaba mes a mes). Véase al respecto alguien tan poco sospechoso como C.P. Kindelberger, *La crisis económica 1929-1939*, Editorial Crítica, Madrid 1985.

todos los estratos de la clase obrera. Las reestructuraciones que se emprenden, las incorporaciones tecnológicas y los métodos del trabajo en tiempos de crisis no se corresponden con las del período de expansión, y de ahí que la dualización social tiende a acentuarse en los períodos de estancamiento y tiende a amortiguarse en los períodos de expansión. Como tal es un factor endógeno del capitalismo para remontar las crisis, pero no es nuevo ni históricamente por esta vía se ha conseguido un aumento suficiente de la tasa de explotación que permita una recuperación de la tasa de beneficio catalizadora de un cambio de tendencia.

Como un aspecto específico de esa dualización, o si se quiere como una consecuencia del debilitamiento de la clase obrera que trae consigo, los "regulacionistas" hacen hincapié en la importancia de las nuevas "normas salariales", con la recuperación del poder adquisitivo como objetivo frente al mantenimiento de la participación en la renta (aumentos de los salarios equivalentes al de la productividad) del pasado. Pasando por alto que la "norma salarial" es un concepto "regulacionista" muy problemático, no parece que sea algo novedoso que en tiempos de crisis los trabajadores estén en condiciones menos favorables para negociar sus salarios, pero, además, en lo que respecta al período actual, cabe resaltar algunos hechos que limitan el alcance de los avances logrados por el capital. Durante los años ochenta los salarios han crecido por debajo de la productividad en la mayoría de los países, pero esta situación se ha revertido en los últimos años en algunas economías, pues no en balde se ha ido agotando el discurso de los gobiernos que asegura a los trabajadores que la moderación salarial era la vía para lograr la recuperación económica y acabar con el paro. Por otra parte, los salarios se han desacelerado a lo largo de la década pasada, pero también, como hemos resaltado, lo ha hecho la productividad, de modo que la diferencia que ha podido obtener el capital ha sido bastante modesta. Durante la década pasada los salarios han tenido un crecimiento real positivo y la productividad ha sido inferior al 2%, de ahí que la diferencia en torno al 1% no pueda considerarse una gran mordida. Por la vía de la regulación de los salarios, habría que concluir, no se están sentando las bases de una salida a la crisis.

El tema de la baja productividad es más importante de lo que sugieren los "regulacionistas". Por la regla salarial dominante podría parecer indiferente, pero ya hemos destacado que la regla no está estabilizada ni ha proporcionado grandes ventajas en la redistribución de la renta. Adicionalmente hay que tener en cuenta que si la tasa de beneficio aumenta con la redistribución a favor de los beneficios, disminuye con el aumento de la composición orgánica del capital que está teniendo lugar, por lo que la recuperación de la tasa de beneficio



no es independiente del aumento de la productividad. Desde el punto de vista de la demanda, no es indiferente el avance de la productividad, ya que, para una diferencia dada entre el crecimiento de la productividad y salarios, no es lo mismo el nivel que mantengan ambas variables. Tampoco es despreciable la cuestión política de que el sistema aparecerá tanto más progresivo y su aceptación será tanto mayor cuanto más productivo sea.

### 3.3. *¿Financiarización o hipertrofia financiera?*

Sobre el tema de la hipertrofia financiera cabría matizar las posiciones “regulacionistas” en un doble sentido. Por un lado, restándole importancia al papel que se le asigna como vía nueva para resolver la contradicción de la demanda. Por otro, realzando la inestabilidad que ha introducido en el sistema, que dista de haberse desactivado. Ha sido un rasgo en la historia del capitalismo que en las fases de prolongado estancamiento, a falta de una rentabilidad suficiente del capital en la esfera productiva, se desarrollan actividades especulativas que implican un mecanismo de explotación adicional de los trabajadores. Esto no es nuevo, aunque no está de más resaltar que la explotación por esta vía burda nunca ha sido un procedimiento para superar las ondas largas depresivas, no le aporta estabilidad al sistema y le resta parte de la legitimidad conseguida a través de la explotación aséptica que proporciona la “neutralidad y eficiencia del mercado”, incluido el de la fuerza de trabajo.

Pero, por otra parte, la “financiarización” de la economía es algo más complejo que un mecanismo de regularización. El extraordinario desarrollo de la actividad financiera que ha tenido lugar en la última fase de expansión y las alzas especulativas en los mercados de valores y el sector inmobiliario, que todavía no se han desinflado, constituyen una bomba de relojería adosada al sistema, que puede estallar en cualquier momento y provocar una crisis de alcance imprevisible. Multitud de nuevos instrumentos financieros, de nuevos mercados, de nuevas instituciones y de nuevas operaciones han convertido al capitalismo en un enorme casino, donde masas astronómicas de capitales errantes, sin apenas relación con los flujos reales a los que centuplican, buscan rentabilidades a través de apuestas especulativas que se suceden las veinticuatro horas del día. La inestabilidad intrínseca de todo ese montaje es indiscutible y es así como en los últimos tiempos se han vivido algunas conmociones financieras —el crash de los mercados de valores en 1987, la repetición en 1989, el pánico desatado en algunos otros momentos como al estallar el conflicto del Próximo Oriente, la caída en más de un treinta por ciento de la bolsa de Tokio

desde 1990— que deben interpretarse como preavisos de algo que está por ocurrir: la desactivación de la burbuja financiera que se ha creado. Esa burbuja es sintomática de una fase de recesión donde los capitales no encuentran posibilidades de rentabilizarse productivamente, aunque en esta ocasión la magnitud que ha cobrado la esfera financiera supera cualquier otra etapa histórica, incluida los años que precedieron a la gran depresión del 29. Los niveles de las cotizaciones de las principales bolsas, a excepción de la de Tokio, están todavía más altos que antes del crash de 1987, después de haberse recuperado de aquellas jornadas y otras de cariz parecido. Por esos niveles, que dan una rentabilidad de las acciones muy por debajo de los tipos de interés en los mercados financieros sin que existan expectativas de plusvalías, por el carácter especulativo que tienen y por la volatilidad que han adquirido las operaciones y los movimientos de capitales, no pueden descartarse nuevas convulsiones financieras. Antes de que se inicie otro ciclo expansivo como el de los años ochenta y sobre todo antes de que se emprenda una onda larga expansiva parece imprescindible un saneamiento del sistema que destruya parte del capital financiero. Ninguna recuperación firme puede desarrollarse con la rémora de la hipertrofia y la degeneración financiera que han tenido lugar.

Así, pues, sin perjuicio del papel que la financiarización haya desempeñado en los últimos años como regulador económico, por el que ha podido cerrarse la brecha entre la producción y la demanda en las condiciones dadas de distribución de la renta, en nuestra opinión, este efecto, ni ha sido muy importante ni puede ocultar la dimensión desquiciada que ha adquirido la esfera financiera. El desarrollo de esta como un mecanismo de sostener la expansión económica repite otras etapas históricas del capitalismo, pero su magnitud y características refleja condiciones específicas de su actual estadio de evolución —internacionalismo del capital, descomposición del sistema monetario internacional, desregulación de los mercados—, que hacen más inestable y peligroso el entramado, o mejor el castillo de naipes, construido con la expansión financiera y crediticia. Como se indicaba, no parece posible una nueva onda larga expansiva sin un previo saneamiento, y probablemente ni siquiera una recuperación coyuntural.

### 3.4. *¿Una salida de la crisis “rampante”?*

Algunos regulacionistas sostienen que el capitalismo se encuentra en una fase de transición entre una onda larga recesiva y otra expansiva, esto es, que

se estaría produciendo una salida “rampante” de la crisis. Desde nuestro punto de vista, esto no es correcto. Como hemos señalado anteriormente, el capitalismo no se está adentrando en una etapa en la que se están preparando las condiciones para iniciar una onda expansiva —lo que sería compartido por los “regulacionistas” pues no en balde hablan de una fase de transición—, sino que las regulaciones internas ni siquiera están asegurando una fase estable de moderado crecimiento. La inestabilidad será un rasgo dominante del próximo futuro, tanto en la superficie —débil crecimiento, paro creciente, desavenencias interimperialistas, tendencias proteccionistas, agitación financiera— como en el fondo del sistema —posibilidad de una recesión generalizada, deterioro de la situación social, crisis financieras—. No hay mecanismos que garanticen una reproducción y una acumulación sostenidas, aunque sea a un ritmo más bajo que durante las ondas largas, pero, al mismo tiempo, no cabe pensar que podrá prolongarse indefinidamente esta situación.

La “dualización” social, a la que tanta importancia se concede, es un proceso que tiende a enfrentarse a las clases. La burguesía tratará de aprovechar el debilitamiento de los trabajadores para imponer la política necesaria para salir de la crisis. Para remontarla es necesaria una drástica recuperación de la tasa de beneficio y, por consiguiente, de un aumento sensible de la tasa de explotación, que requiere, a su vez, de un cambio agudo de la relación de fuerzas entre las clases, o, si se quiere de una derrota política de los trabajadores. Las condiciones para esa derrota no están dadas, pero es indudable que los efectos corrosivos de la crisis contribuyen a crearlas. Los trabajadores por su parte, enfrentados a una degradación continua de su situación sin expectativas de mejora, pueden ofrecer una resistencia tan enconada y librar tan duras batallas que hagan desistir a la burguesía de sus proyectos para no poner en peligro su interés supremo de defender el sistema. En este caso, se produciría un giro en la orientación de la política económica en el que el liberalismo como doctrina y el mercado como panacea serían las víctimas, dando paso a una política intervencionista del Estado, recuperándose la tradición keynesiana (En los Estados Unidos surgen voces en este sentido). En caso de derrota de los trabajadores, este sería el “factor externo” de salida de la crisis no contemplado por los “regulacionistas”, el cual, desde luego, no puede considerarse como un factor endógeno de regulación, ya que la derrota no la produce ni la garantiza el sistema económico. Pertenece a la esfera política de la lucha de clases.